

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. MANUEL CAÑETE

EL DIA 23 DE MAYO DE 1880



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1880

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE BELLAS ARTES

DE SAN FERNANDO

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DEL

ILMO. SR. D. MANUEL CAÑETE

EL DIA 23 DE MAYO DE 1880



MADRID

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23

1880

DISCURSO
DE
D. MANUEL CAÑETE.

SEÑORES:

Si al atravesar esos umbrales, llamado por vosotros á intervenir en las árduas tareas de esta ilustre corporacion, no hubiera de ocupar un asiento que la muerte ha dejado vacío, ¿qué satisfaccion podria igualar á la que me ha proporcionado vuestra honrosa benevolencia? Pero como no hay en el mundo dicha cumplida, nubla mi gozo en tan solemne ocasion no ver aquí al Sr. D. Juan Montenegro (cultivador amante de la pintura), ni al sabio magistrado y repúblico, al noble y fervoroso amigo D. José María Huet, modelo de integridad, que ántes que nadie quiso traerme á vuestro lado, y cuyo nombre vive impreso en mi corazon con indelebles caracteres.

Nos ha tocado vivir en época muy azarosa; época de luchas civiles, de transformacion social y política, en que hemos visto á los vándalos de la civilizacion destruir monumentos inapreciables debidos á la piedad, riqueza ó buen gusto de nuestros mayores; quemar tablas y lienzos maravilla de la pintura; despedazar estatuas y bajo-relieves admiracion de los siglos.

Resucitando errores pulverizados ya repetidas veces á impulsos de la verdad; agitando antorchas que

deslumbran, pero no iluminan, los apóstoles de la que hoy se juzga nueva idea corren ciegos al revuelto mar de una barbarie no ménos destructora y sangrienta que la de Atila, y amenazan á los puros deleites del espíritu con espantoso naufragio. Desvanecidos por el demonio de la soberbia, preciados de vivir en el siglo de las luces, llevan su obcecacion y fanatismo al extremo de llamar siglos oscuros y semi-bárbaros al que erigió catedrales como las de Toledo, Leon y Búrgos, y al que abrió paso á un nuevo rumbo de la civilizacion universal con la invencion de la imprenta y el descubrimiento de las Indias occidentales. Como si el saber humano hubiera reservado exclusivamente para ellos los tesoros de la ciencia, miran con irritante menoscupio la portentosa edad que ilustran edificios como el Escorial, pensadores como Soto y Melchor Cano, escritores y poetas como Granada, Leon, Mariana y Cervantes; escultores como Berruguete y Becerra; pintores como Blas del Prado, Vargas, Juanes, Navarrete, Pantoja, Sanchez Coello, Roelas y cien otros más. Semejante ofuscacion deja ver que no es la modestia patrimonio de esas gentes, si no hemos de atribuir á ignorancia ó á malicia su afanoso empeño de abatir las prodigiosas creaciones y notables adelantamientos de las edades preteritas.

No vengo á este lugar como apasionado cantor de pasadas glorias, ni ménos aún como detractor de glorias presentes. Vosotros que habeis hecho esfuerzos tan patrióticos, y no siempre afortunados, para evitar la destruccion de monumentos artísticos, sabeis mejor que yo á cuán alto punto logró subir el culto de las bellas artes en los calumniados tiempos de la preponderancia española, y cuánto hay que trabajar, no ya para so-

brepujar á los arquitectos, escultores y pintores de aquella época, sino para competir dignamente con sus aciertos y perfecciones. Mas si la notoriedad de su mérito no ha bastado á impedir el sañudo afán con que los mentidos regeneradores de nuestros dias vilipendian cuanto ha nacido al amparo de la civilizacion católica, móvil y fuente verdadera de la grandeza de España, tampoco fuera justo dejarse arrastrar en la corriente de ese odioso exclusivismo contestando á una injusticia con otra, ni tener en poco el esfuerzo de los que modernamente han luchado por sacar al arte español de la prostracion en que yacía.

El novísimo renacimiento de nuestra pintura, iniciado y desarrollado ántes de mediar el presente siglo, prueba que la facultad de producir obras bellas no se ha extinguido entre nosotros. París, Viena y Filadelfia han premiado en sus grandiosos certámenes universales no pocos lienzos de pintores españoles. Francia, Austria y los Estados-Unidos de la América del Norte han mostrado á la faz del mundo que á pesar de hallarnos envueltos en tanta civil discordia, en tanta lamentable ruina material, intelectual y moral (fruto acerbo de añejas culpas y de recientes desórdenes), el númen pictórico vive y florece en nuestro suelo, compitiendo á veces sin mengua con el de naciones más adelantadas y más felices. Pero ese florecimiento de la pintura, que de cuarenta años á esta parte ha demostrado tal vigor, ¿es tan cabal y fecundo en todo como pudiera y debiera ser para ponerse en consonancia con las arrogantes exigencias de la cultura actual? Salvas excepciones honrosísimas muy recientes, ¿no presenta entre nosotros á cada hora síntomas de mortal y lamentable extravío?—Permitidme someter á vuestra

consideracion algunas breves observaciones sobre materia tan importante, y cumplir así con la obligacion, fácil para cualquiera de vosotros, difícilísima para mí, que me imponen los Estatutos de esta preclara Academia.

Desdichada raza, Señores, la de aquellos que prescinden de la tradicion y miran con desden los ejemplos y enseñanzas de lo pasado. Su prurito de romper la misteriosa cadena cuyos eslabones enlazan insensiblemente los descubrimientos y el saber de los siglos, tanto como en la esfera social ó política es funesto y asolador en las regiones del arte. No quiere esto decir que el artista se haya de atener en sus creaciones á ninguna pauta dada: el nombre mismo de creacion excluye semejante servilismo. Pero téngase presente que así como tratará en vano de traducir su pensamiento en bellas composiciones pictóricas el que carezca de toda nocion de dibujo, por aventajadas que sean su aptitud y facultades, así tambien andará á ciegas y se descarriará muy luego quien fiado en esas facultades y esa aptitud, poseedor ya de los medios de representacion peculiares de la pintura, creyéndose con elementos suficientes para volar por sí solo, prescinda del estudio de los grandes maestros y del exámen comparativo de las diversas escuelas, que contribuye tanto á formar ó depurar el gusto.

Atinadamente observan algunos que las bellas artes tienen una peculiaridad notable; y es, que el más claro entendimiento y el juicio más exacto, unidos á la mayor erudicion y á la más constante laboriosidad, de nada sirven si el artista carece del sentido interno que hace percibir con claridad la belleza, si no está dotado de la íntima facultad que lleva en sí la potencia de crearla.

Á esta verdad comprobada en todas épocas por la multitud de artistas mediocres que pasan sin cautivar la atención de los entendidos ni dejar huella en la historia, añade un escritor, destrísimo en quilatar el mérito de los pintores contemporáneos, que no cabe en el arte un progreso análogo al que es posible en las ciencias. Porque, bien mirado, ¿qué poeta ha conseguido sobrepasar á Homero? ¿Cuál á Dante? ¿Qué escultor de ahora vence á Fídias? ¿Quién oscurece á Ghiberti? ¿Dónde hallar hoy pintor ninguno que supere á Leonardo de Vinci, á Rafael ó á Miguel-Ángel? Con razon harta se asegura que la concepcion de lo bello, que para realizarse y exteriorizarse emplea las formas y símbolos externos que la excitaron, no es adicionalmente perfectible. Renuncie, pues, á merecer nombre de artista quien carezca del sentimiento de lo bello y no revele en sus obras lo que podriamos llamar vida del alma.

Nadie medianamente versado en estas materias ignora que la imitacion es el medio, no el fin del arte. Y si la imitacion es ineficaz por sí sola para crear obras bellas cuando el artista se limita, no á interpretar idealizando, sino á copiar estrictamente lo que ve, sin poner en tal labor nada suyo, ¿qué será cuando en vez de buscar el pintor modelo en la naturaleza, aunque sea para reproducirla con nimia fidelidad, lo busca en las genialidades ó defectos de uno ú otro pintor célebre? ¿Qué será si, además de seguir por tan mal camino, carece del sentido interno y de la poderosa facultad á que ántes me he referido?

Un profundo orador sagrado que excede á muchos tratadistas de estética en su manera de concebir y expresar claramente lo que es el arte, lo que constituye al artista y qué entiende por belleza, me ahorra el tra-

bajo de discurrir por cuenta propia sobre estos particulares. Permitidme resumir su pensamiento y recordar aquí sus palabras, para sentar con autoridad tan competente premisas en cuyas consecuencias importa mucho fijar la atención.

Segun él, "el arte es la expresion de la belleza ideal en una forma creada;" y la obra de arte consiste en dar forma sensible al bello ideal, "no sólo á semejanza de la hermosa naturaleza que se ostenta á nuestros ojos, sino tambien de la hermosa idea que como pura estrella derrama su luz desde el fondo de la esencia divina en el fondo del alma humana". Lo que constituye al artista, lo que al ménos le predispone á crear obras maestras, es "un modo superior que le está reservado de ver lo bello que se manifiesta y de sentir lo bello que ve; no la intuicion ni la imitacion de las cosas creadas tales como son y como se observan en la realidad fenomenal, sino la intuicion y la expresion de las cosas vistas en la luz transfigurativa de su ideal, la potencia de ver y alcanzar ese ideal en grado supremo y de darle realidad visible en brillante forma."

El elocuente orador á que me refiero entiende, además, de acuerdo con la doctrina de San Agustin, que la belleza en quien se compendian y enlazan unidad, variedad, conveniencia, proporcion, simetría, poder y armonía, es el esplendor del órden; mas no del órden abstracto, vacío y muerto, sino del vivo y resplandeciente que lleva consigo el esplendor de la unidad. Ahora bien, si ante el órden y armonía que salen del fondo y brillan en la superficie de los seres no sentís las súbitas intuiciones y viva penetracion de lo bello; si al recorrer en la tierra las varias gerarquías de belleza que en ella se pueden ver, no subís gradualmente la

escala misteriosa que conduce de la contemplacion de las bellezas terrenas á la de las celestiales; si no os elevais hasta su arquetipo eterno, y vuestra contemplacion de la belleza real no está bastante libre de la esclavitud de la materia para empujaros con sublime soplo á contemplar la belleza ideal; en suma, si vuestro génio no logra subir hasta el ideal mismo, y no al ideal abstracto, vacío, estéril y muerto, único que sobrevive á la extincion de las doctrinas espiritualistas, sino al concreto, sustancial, vivo, que reside en Dios,—jamás llegareis al punto culminante de la creacion artística; porque nunca pondreis en vuestras obras ni un reflejo de aquella belleza divina por la cual son bellas todas las cosas, y sin la que nada bello existiría en la naturaleza ni en el arte ⁽¹⁾.

Perdonad, señores académicos, si repito en este lugar especies que no teneis olvidadas, y que son elementales para cuantos rinden culto á la belleza artística esforzándose por darle vida en sus obras ó procurando desentrañar y apreciar sus misterios y excelencias. Bien sé que nada de lo que yo diga aquí será nuevo para vosotros. Ni posco la intuicion y el saber necesarios para inventar teorías luminosas sobre la filosofía del arte, ni abrigo la insensatez de apoderarme de las ajenas y darlas por propias, como lo hacen muchos que presumen de originales y se avilantan á doctrinar á los que pueden ser sus maestros. Mas por conocidas que os sean tales nociones, con las que están de acuerdo estéticos de muy diversas escuelas, conviene recordarlas para que se graben en la mente de la juventud estudiosa, ya que hoy son tantos los consagrados al ejer-

(1) El P. Félix.

cicio del arte que, debiendo alimentar con ellas su espíritu, dan muestras de desconocerlas ú olvidarlas.

No me cansaré de repetirlo: artista que se desentienda de la belleza ideal circunscribiéndose á reproducir groseramente lo que se ofrezca á sus ojos, ántes que por verdadero artista se ha de tener por enemigo del arte. Escuela que prescinda en sus creaciones de cuanto hay en el hombre de más elevado, inmaterial y divino, en vez de producir bellas obras sofocará la inspiracion y acabará por matarla, ó lo que es peor todavía, por degradarla y envilecerla.

El arquitecto insigne á quien se debe la *cámpula de San Pedro*; el que esculpió con cincel prodigioso las figuras de *David* y *Moisés*; aquel cuyos peregrinos pinceles han dejado en la Capilla Sixtina la maravillosa escena del *Juicio final*; el que pulsando la lira de Dante brilla entre los poetas clásicos italianos de la edad de oro, ha dicho en versos que no morirán:

«L'immortal forma al suo carcer terreno
Come angel venne;»

y lo ha dicho, seguro de que nadie podría decirlo con mayor conocimiento de causa, porque en su opinion, fundada en principios ya sentados por la docta anti-güedad,

«Non ha l'ottimo artista alcun concetto
Ch' un marmo solo in sé non circoscriva
Col suo soverchio, e solo a quello arriva
La mano che obbedisce a l'intelletto.»

Si las especulaciones de filósofos y críticos destinadas á investigar los fundamentos de la belleza ó su atinada encarnacion en obras artísticas no estuvieran con-

testes en buscar el verdadero ser de lo bello en algo que está por encima de los medios y el modo de ejecucion de las diferentes artes, la autoridad de un hombre como Miguel-Ángel bastaría para persuadirnos de que la simple reproduccion de un modelo, cuando no la anima el fuego interno de la inspiracion, es ineficaz para poner en movimiento la especie de corriente eléctrica que se establece, á vista de una bella estátua ó de un cuadro hermoso, entre el alma de su creador y la del que admira lo creado.

Miguel-Ángel lo ha visto con la portentosa vision de los génius próceres, y ha traducido su idea en el lenguaje de las musas para que la virilidad y armonía de los versos la hiciese más eficaz y duradera: la forma inmortal, esto es, la forma bella, que sobrevive á la existencia del que le da ser, como ángel venido de las alturas toma cuerpo en su cárcel terrena, que es la obra de arte, mediante la inspiracion alimentada por la belleza ideal, manantial perenne de aguas vivas. En su opinion los grandes artistas no abrigan pensamiento alguno que no esté encerrado en el mármol, velado por aquella porcion de la piedra que ha de arrancar el cincel; mas solo consigue darle bella forma la mano que obedece á la inteligencia. Esto que dice el Fídias del Renacimiento refiriéndose á la escultura, puede igualmente aplicarse á la pintura y á todas las nobles artes en quienes la mano, es decir, el medio de ejecucion, no es ó no debe ser otra cosa que mero instrumento de la inteligencia. Cuando no la obedece, y el procedimiento material, por decirlo así, procura sobreponerse á la inspiracion, al sentimiento, á la fantasía, en una palabra, á la ideal belleza que en su representacion artística no parte de invenciones caprichosas ni de extravagantes

ensueños, sino de los datos que le proporciona la naturaleza misma, no hay para qué decir que el arte pierde la dignidad que lo realza para convertirse en una especie de oficio mecánico desnudo de toda persuasiva elocuencia.

Tenemos, pues, que la ciencia moderna que ha sistematizado el estudio filosófico de lo bello, ahondando en él y procurando subir al conocimiento de sus primitivas fuentes, y el esclarecido poeta, el gran pintor, escultor y arquitecto que á este conocimiento fundamental y teórico ha unido como ningun otro desde la clásica antigüedad el dominio y soberanía en la práctica de todas las bellas artes, están concordes en el modo de apreciar su esencia, y dejan ver que en realidad de verdad el arte no consiste en reproducir la forma de los seres ó de los objetos con sus simples accidentes materiales y reales, bellos ó feos, sino en encontrar la expresion sensible de la fórmula ideal de las cosas, encarnándola y vivificándola armónicamente en sus creaciones.

¿Sigue ahora esta tendencia, propende la pintura española á realizar hoy este augusto fin?

Para contestar con mayor conocimiento á tales preguntas conviene echar una ojeada sobre las vicisitudes que ha experimentado aquella desde que Carrucho y Coello cerraron con llave de oro el gran período de nuestras glorias pictóricas. Procuraré hacerlo brevemente para no cansar demasiado.

No me detendré á investigar las causas que originaron la decadencia de nuestra pintura en las postrimerías del siglo xvii. Aunque algunos la atribuyan exclusivamente á las ideas que á la sazón reinaban entre nosotros y al menoscabo que por entónces experimentaba nues-

tra grandeza, desmoronándose rápidamente aquel sin igual imperio que desde el tiempo de los Reyes Católicos había predominado en el mundo, la verdad viene á desmentir esta absoluta, en desdoro de los que mutilan ó descoyuntan la historia si los hechos no encajan fácilmente en el molde del sistema que aspiran á sublimar. Los revces de la fortuna, caprichosa con los pueblos como con los hombres; el conjurado interés de naciones muy poderosas, tanto más sañudas enemigas de España cuanto más habian sentido largos años el peso de nuestra prepotencia militar y política, y mil otras circunstancias eventuales, que no es de este momento apreciar, coadyuvaron á debilitar y enflaquecer el poderío español, que no podía sustraerse á la ley comun segun la cual las naciones, lo mismo que los individuos, tienen sus épocas de crecimiento y apogéo, de decadencia y ruina.

Mucho ántes que España empezara á descender del sόlío de su esplendor, la pintura (casi olvidada ya en Italia del encantador espiritualismo de Giotto, del Beato Angélico, de Gozzoli, de Credi, del Perugino) habia caído desde la sublimidad ó hermosura de un Leonardo, de un Miguel-Ángel, de un Bartolomé de la Porta, de un Rafael, de un Tiziano, de un Andrés del Sarto, de un Corregio, en suma, de la maravillosa pléyade que ilustró el último tercio del siglo xv y la primera mitad del siguiente, en depravacion y amancramiento muy deplorables. Tan así es, que los historiadores de las Bellas Artes en aquella privilegiada península no pueden ménos de encarrecer el valor de los esfuerzos que efectuaron para atajar la corriente de la decadencia, ántes de terminar el buen siglo, Barocci, los Caraccis, el Caravaggio, Cardí de Cigoli y algunos otros pintores,

grandes sin duda comparados con sus coetáneos; pero que no lograron dominar enteramente las cumbres donde florecieron y brillaron aquellos insignes maestros.

Ejemplos hay en nuestra historia, y ejemplos eficacísimos, que contradicen también á los que señalan como origen de la decadencia del arte español durante el siglo xvii la índole esencialmente católica de nuestra civilización y cultura en aquella época. Por más que los enemigos de todo elemento vigoroso de autoridad se ensañen hoy principalmente con lo que llaman fanatismo de nuestros mayores, suponiéndolo causa primordial ó única de los errores y desastres que amenguaron nuestra importancia intelectual y abatieron las fuerzas de nuestra nación al declinar y sucumbir la dinastía austriaca, nadie podrá negar (prescindiendo de lo que ocurría en otros dominios de la inteligencia) que en el siglo xvii el teatro español se remontó á las mayores alturas, avasalló al de las demás naciones de Europa, y asombró al mundo con la sin igual abundancia, con la variedad y riqueza de sus prodigiosas creaciones. En ese mismo siglo de menoscabo para nuestra España aprendieron á manejar los pinceles y llenaron de maravillosos lienzos alcázares, templos y claustros los dos pintores de mayor fama y que han sobresalido más entre todos los españoles: Velazquez, el portentoso naturalista, el noble talento del que dijo Mengs que no quiso seguir á nadie; aquel á quien la moderna crítica francesa estima el primero de los maestros, y ante cuyos insuperables retratos cree Viardot que la imaginación puede evocar á los hombres de otra era y renovar el milagro de Prometeo: Murillo, el *pintor del cielo*, que supo hermanar la verdad de la naturaleza con el más poético idealismo, y del que piensa un ilustre italiano del

siglo presente, el erudito y celeberrimo Cesar Balbo, que para ser tenido en todas partes por el segundo pintor del mundo le falta únicamente ser más conocido fuera de su patria; que tal vez no se le pueda llamar segundo sino del único *inarrivabile Raffaello* ⁽¹⁾.

Conciernten estos fenómenos los que suelen tergi-versar los hechos por fanatismo ó por sistema, y sigamos adelante.

Al nacer el siglo XVIII y dejar de existir Cárlos II á principios de Noviembre de 1700, la pintura y los pintores de mérito relevante habian acabado ya en España. Muerto Carreño en 1685 y Cláudio Coello en 1693, el arte que tanto ilustraron en aquellos dias de general extravío procurando mantener en vigor las máximas de los buenos maestros, sin dejarse contaminar del corruptor y degenerado eclecticismo que á la sazón prevalecía en Italia y en toda Europa, vino á perderse en el mal gusto difundido por el ejemplo de las atrevidas y desbordadas obras del napolitano Lúcas Jordan, á quien la moda del tiempo colmó de favores aclamándole rey del arte; el cual, á pesar de su fogosidad, de su genio, de sus extraordinarias facultades, extremó el vicioso estilo de Pedro de Cortona, y cuyos peligrosos arranques, deslumbrador artificio y desvariada franqueza precipitaron ó acabaron de hundir la pintura en el abismo de lo amanerado y de lo falso.

Terminada la guerra de sucesion, asegurado en el trono de España el nieto de Luis XIV, el recuerdo de la predileccion que tenian en Francia por las bellas artes le indujo á procurar restaurarlas en su nueva pátria, devolviéndoles el esplendor que habian alcanzado

(1) *Delle arti del disegno.*

en ella bajo el cetro de los Felipes, y de que tuvo la pintura representantes capaces de honrarla hasta en el reinado de Carlos II. Ni las corrientes de la época ni el estado general del país eran apropósito para conseguirlo. Las buenas intenciones de Felipe V, ilustre fundador de la dinastía Borbónica, se estrellaron en escollos insuperables. Cuando el contagio es universal y está en la atmósfera, la voluntad y la fuerza humana son impotentes para vencerlo y dominarlo á su arbitrio.

Considerando el estado á que habia venido la pintura, merced á los creadores del estilo fácil y abreviado, fascinador y engañoso, como atinadamente lo califica un benemérito compañero nuestro ⁽¹⁾, Fernando VI dió nuevos pasos en la reforma del gusto y adoptó cuantas medidas se creyeron conducentes al logro de tan alto fin. Mas ni los afamados pintores traídos á España para que aleccionasen y sirviesen de norma á la juventud; ni la creacion de esta Academia, que desde sus primeros dias contribuyó á dirigir los estudios por mejor camino, dieron tan prontos y bien sazonados frutos como eran de desear. Para regenerar el arte sacándolo del laberinto en que se perdía, se necesitaban los esfuerzos de un coloso; y ni Hovasse, ni Amiconi, ni Vanlío, ni Giacinto, ni ninguno de los que entonces compartían entre nosotros la enseñanza artística poseía el temple de alma necesario para sobreponerse á la moda y subordinarla vigorosamente á principios que ellos mismos desconocían ó eran los primeros en desatender.

Gracias á la ilustrada proteccion del trono, la pintura empezó al fin á experimentar cambio notable bajo

(1) El Excmo. Sr. D. José Caveda.

el cetro de Cárlos III, volviendo á templar su sed de hermosura en el puro raudal de la naturaleza, y convirtiendo su distraída atencion al estudio de los preclaros maestros de los siglos de oro. Mengs, aplaudidísimo en Italia y Alemania, cuyas obras se buscaban desde Rusia al cabo de Finisterre, segun lo afirma Cean Bermudez en su erudito y copioso *Diccionario*, fué el llamado por Cárlos III á realizar tal mudanza. Si no pudo llevarla á cabo del todo, más bien que á falta de saber y de entusiasmo (en lo que sobrepujaba á sus más célebres competidores) ha de atribuirse á falta de resolucion y brío, á la carencia de aquellas enérgicas facultades sin las cuales nadie logra imponerse y dominar por completo. Sin embargo, sus vastos conocimientos y sanas doctrinas, en quien cifraba principalmente el rey Cárlos la esperanza de devolver á la pintura el esplendor que había perdido, empezaron á sacarla del desconcierto en que desfallecía, empleando para lograrlo más severidad en el disño y mayor nobleza de estilo, y atendiendo á la expresion y á la belleza ideal de un modo punto ménos que ignorado entre los pintores de aquella época.

Como ha sido siempre más fácil corromper y destruir que regenerar y edificar, la reforma del gusto á que las lecciones de Mengs y sus buenas máximas dieron principio, tardó mucho en acreditarse y en echar raíces. Para efectuarla con mayor alcance y rapidez habría sido necesario el impulso de un hombre de genio. Desgraciadamente ni Maella, flojo y desmayado de suyo, ni Bayeu, el mejor discípulo de Mengs y el más apto para abonar su enseñanza, pueden aspirar á tan alta gloria.

Túvolo, sin duda, grande y originalísimo el celebér-

rino aragonés D. Francisco Goya y Lucientes, naturalista como Velazquez, fantástico como Hogarth, enérgico como Rembrandt, y delicado también á veces como Tiziano y Veronés, y aún como Watteau y Lancret, según dice atinadamente, compendiando el valor de sus cualidades distintivas, uno de los escritores que avaloran é ilustran más á esta docta corporación ⁽¹⁾. Sin embargo, la índole misma y el carácter independiente de Goya, contribuyendo á crearle un estilo propio, defectuoso á veces, pero siempre rico en bellezas, y tan fogoso como distante del amaneramiento y frialdad de sus coetáneos, le hacían poco apropiado para encauzar el gusto de los demás y atraerlos al camino donde su especial manera de interpretar la realidad, sus genialidades y fantasías alcanzaban tantos y tan señalados triunfos.

Este genio excepcional, harto peligroso para sus imitadores, fué la más alta expresión de la pintura española en el reinado de Carlos IV, no juzgado todavía con la imparcialidad y rectitud indispensables á la historia verdadera. Mas aunque en Goya se vieron reaparecer con singulares impulsos el fuego y la castiza espontaneidad patrimonio de los Riberas y Velazquez, de los Zurbaranes y Murillos (mérito que supieron estimar y recompensar Carlos IV y Fernando VII, de quienes fué pintor de Cámara), su ejemplo no consiguió sobreponerse al espíritu rutinario de la generalidad de los maestros, ni apartar del austero clasicismo con que David restauraba en Francia la pintura á los que aquí empezaban á seguirle, imitando y exajerando su sistema.

Para encontrarla otra vez encaminándose al sendero

(1) El Ilmo. Sr. D. Pedro de Madrazo.

que enlaza lo bello ideal con la realidad humana, y la correccion del diseño con la verdad del colorido y el encanto del claroscuro, de la composicion y la expresion, fuerza es venir al reinado de Doña Isabel II; á los memorables dias en que la inmortal Cristina (como entonces llamaban todos á la Reina Gobernadora) salvaba el trono legítimo asegurando la corona en las sien- nes de su hija, y daba impulso á la regeneracion del arte sacándolo del sistemático amaneramiento que ni el poderoso estimulante de la originalidad de Goya había logrado abatir.

Agente principalísimo de cambio tan saludable y fecundo fué la bien encaminada enseñanza de esta Academia, y sobre todo la del sabio profesor de su escuela que ha dejado larga prole de egregios artistas honra del nombre de Madrazo. Á él más que á nadie se han debido en nuestros dias los sólidos cimientos de la educacion pictórica. Su profundo saber, sus grandes dotes de maestro y la elevacion de sus doctrinas contribuyeron muy eficazmente al renacimiento de nuestra pintura en el segundo tercio de este siglo. Séame dado rendir aquí á la buena memoria de D. José de Madrazo el tributo de alabanza que por ello le corresponde, ya que hoy se alejan tanto de sus provechosas máximas muchos de los que debian estar más interesados en seguirlas, aunque sólo fuese atendiendo al interés de su propia gloria.

En aquellos años de incesante agitacion en que España pugnaba por emanciparse del antiguo régimen, sin que la defensa de las opiniones políticas se hubiese convertido aún en cierta especie de oficio lucrativo para los que saben utilizarlo sin escrúpulos de conciencia, el arte, considerado en todas las esferas propias de su actividad, luchaba entre nosotros por regenerarse y rom-

per trabas inútiles ó perniciosas. Llenos de fé, los pintores que admiraban el giro dado á las obras de su inspiracion por Overbeck y Cornelius, por Ingres, Delacroix, Glaire, Delaroche, Ary-Scheffer, y cuantos contribuían en Alemania y en Francia al renacimiento de la pintura procurando con fecunda libertad realizar lo bello cada cual por distinta senda, apartábanse en nuestro país del mal gusto y de la enervadora rutina que durante el siglo anterior había viciado y malogrado tantas excelentes facultades.

No es de creer que se haya borrado tan pronto la memoria de aquellas felices tentativas despertadoras del generoso entusiasmo que por sí solo es un estímulo para engendrar grandes obras, ni que se haya olvidado la paternal solicitud con que esta Academia se esforzaba por excitarlo y mantenerlo desarrollando en sólidas enseñanzas el gérmen creador de la verdadera belleza artística. Citar aquí el nombre de los que más y con mejores frutos sobresalieron entonces, sería ofender la modestia de algunos que me están oyendo. Pero ello es que en aquel inolvidable periodo hasta los mismos pintores de mérito educados en la escuela de los Maellas y Bayeus y pagados de sus condiciones peculiares, como D. Vicente Lopez, trataron alguna vez de buscar el acierto por otro camino, merced á la eficacia ineludible de tan poderoso influjo.

El ejemplo del trono contribuyó tambien á propagar el amor del arte. Aún me parece estar viendo estos salones honrados en más de una pública exposicion con pinturas debidas al hábil pincel de la augusta Reina Cristina; y fuera ingratitude no recordar con satisfaccion que un príncipe de sangre Real, el Infante D. Sebastian de Borbon y Braganza, se sentaba entre vosotros

y tomaba parte en vuestras beneficiosas tareas, gozándose en añadir á sus timbres el de apasionado y entendido cultivador de las bellas artes.

Ni fueron de poca monta por aquel entonces los esfuerzos del gobierno en pro de la regeneracion del arte y del poderoso estímulo del interés del artista. Apelando á cuantos medios se le ofrecían para conseguir la una y dar al otro la satisfaccion posible (secundado siempre con empeño por la buena voluntad y las luces de esta docta corporacion), empleando gruesas sumas en adquirir cuadros premiados, abrió á los pintores un porvenir que no hallaban sin tal auxilio; por donde vimos en breve suceder á las modestas exposiciones anuales celebradas en este edificio otras y otras, en periodos ménos angustiosos, ya en los claustros y galcrías del antiguo convento de la Trinidad, hoy Ministerio de Fomento; ya en las extensas cuadras de la nueva Casa de Moneda; ya en otros locales dispuestos expresamente para ello, y más capaces de albergar el creciente número de cuadros de varios géneros con que jóvenes llenos de ardor se presentaban en esos certámenes, ansiosos de satisfacer nobles necesidades del alma y de cojer lauros en el huerto de la inspiracion artística.

¡Hermoso renacimiento el que empezó con obras tan bien pensadas y sentidas como el *Godofredo de Bouillon*, las *Mariás en el Santo Sepulcro* y el *cuadro de los Girones*; que daba fe del espíritu romántico en los brillantes lienzos de Villaamil, Zorrilla del paisaje (tan fantástico, tan desaliñado é incorrecto como el versificador, pero no ménos poeta), y que fué desarrollándose y tomando vuelo hasta llegar al punto en que lo admiramos en las últimas exposiciones anteriores á la desastrosa revolucion del año 68!

Temeroso de incurrir en olvido ó en predileccion injusta no citaré aquí nombres propios. Séame dado, no obstante, recordar con patriótico orgullo el triunfo alcanzado en París por nuestro Eduardo Rosales compitiendo en una exposicion universal con los más famosos pintores contemporáneos de otras naciones. Hijo del renacimiento efectuado bajo el cetro de Doña Isabel II, Rosales, arrebatado á la gloria de la pátria en edad florida, descollaba entre los brillantes jóvenes que se han ido dando á conocer ventajosamente en los diversos ramos de la pintura de treinta años á esta parte. Rindiendo culto á la belleza ideal, procurando seguir en los medios de expresion las huellas de nuestro gran naturalista del siglo xvii—aquel inolvidable pintor hace recordar con sus obras, y muy principalmente con el cuadro de *Isabel la Católica dictando su testamento* y con los dos *evangelistas* que habian de ornar el ya destruido templo de Santo Tomás de esta Corte, muestra elocuentísima de la magestad y elevacion á que era capaz de subir, los buenos tiempos de la pintura de historia.

Con igual poder en el límite de sus facultades, y con mucho mayor fortuna, otro pintor de altas prendas, arrebatado tambien en flor á la admiracion del mundo (que no se cansaba de aplaudirlo, tal vez porque su ídole se ajustaba más á las caprichosas exigencias del tiempo presente), hizo no ha mucho resonar en todo el orbe la fama de nuestra moderna pintura. ¿Quién que se precie de amar lo bello desconocerá el nombre de Fortuny? ¿A quién ha de ocultársele que para obtener con la sola recomendacion del mérito el aplauso de naciones como Inglaterra, como Francia, como Italia, cuna del arte moderno donde se custodian los más pre-

ciados tesoros del arte antiguo, es necesario estar dotado de excelentes calidades?

Y sin embargo, lo mismo Rosales que Fortuny han contribuido al descamino en que hoy vemos á la mayoría de la juventud consagrada al cultivo de la pintura. La franqueza, quizá extremada, que en ellos era modo genial y propio de interpretar la naturaleza y de expresar lo que pensaban ó sentían (franqueza que no puede emplearse discretamente sin profundo estudio del natural, sin gran dominio del dibujo y del color), en manos de sus imitadores, mal preparados para usarla, se ha convertido en incorreccion y desaliño, cuando no en medio fácil de reproducir ó de realizar lo feo.

Mas no por ello se imagine que al ejemplo de Rosales y á la singular estimacion con que acogieron en París los cuadros de Fortuny, pagados de su brillante estilo, se deba atribuir exclusiva, ni siquiera principalmente, la mala direccion que han tomado en estos últimos tiempos casi todos los pintores españoles enamorados de lo que hoy se nombra *realismo*. Suponerlo así fuera dar en injusticia notoria. El rebaño de imitadores serviles de artistas que sobresalen por su originalidad, tal vez los ménos aptos para imitados en lo que constituye su privativo carácter, lleva en el pecado la penitencia. Limitándose á ver por ojos ajenos, apártase voluntariamente del camino de la verdad, donde no entrará con planta segura quien no estudie y observe sin preocupaciones la naturaleza misma. Esos imitadores de una forma ó de una manera dada, aves de paso en las regiones del arte, no serían peligrosos ni influirían en la marcha y direccion del gusto, si únicamente reflejasen el imperio accidental y momentáneo de un capricho de la moda. Pero ejercen influencia

muy trascendental y nociva cuando al servilismo de semejante imitacion va unido el sistemático empeño de prescindir de lo que es de esencia, y de reducir el arte bello á mero esclavo de los medios materiales. Este absurdo materialismo (que se lo concede todo á la forma y al color, y se lo niega más ó ménos deliberadamente al espíritu, á la poética expresion de la belleza ideal, alma verdadera de la inspiracion artística) tampoco entrañaría por sí solo grandes peligros para la futura suerte de sus creaciones, si no fuera manifestacion parcial de un contagio que se extiende por casi todos los dominios de la actividad humana. Porque lo es, y encuentra en la crítica, no ya quien lo atenúe, sino quien lo aliente dando pábulo á la propagacion de un mal que tiene más hondas raíces de lo que algunos se figuran, es necesario aplicar el cauterio de muy esplicita condenacion á la desvariada creencia que ha venido á torcer el rumbo de la pintura española, empujándola hácia el abismo de la nulidad más deplorable.

No hay que forjarse ilusiones: encadenarse por ofuscacion de entendimiento á una opinion equivocada; empeñarse en el triunfo de un falso sistema, porque halaga los sentidos ó alimenta la inclinacion de materiales instintos; desentenderse de lo sobrenatural y perdurable para echarse en brazos de lo terrenal y transitorio, como si no estuviéramos dotados de cuerpo y alma, y ésta no venciese á la muerte traspasando el límite de la mundana existencia, podrá satisfacer á los que reniegan de su origen celestial; pero es vivir constantemente, sin darse cuenta de ello, al borde de un precipicio.

No, no es tal el fin á que debe aspirar el arte. Para que la pintura cumpla el destino que está llamada á realizar es menester que no se resigne á vivir en situa-

cion tan precaria, que rompa con varonil energía las duras trabas que le han impuesto en nombre de una libertad engañosa, que no se postre en los altares de la mentira que deslumbra con capa de realidad, que no se haga cómplice de los bastardos elementos que por tal camino pudieran arrastrarnos luego á la barbarie. Bajar desde las maravillas pictóricas de la capilla Sixtina, desde las sublimes concepciones de Vargas, de Juanes ó de Murillo, desde los grandes lienzos históricos de Velazquez, y áun desde los mismos cuadros que en este siglo inauguraron y prosiguieron felizmente el renacimiento de nuestra pintura, hasta los desdichados engendros sin vida espiritual y sin verdadero sentido humano en que se aplace el *realismo*, ó hasta la fatigosa repeticion de asuntos pueriles é insignificantes, por lo comun reproduccion chapucera de ciertos tipos en que Goya ejercitó su pincel, es punto ménos que hacer burla de lo que hoy se llama enfáticamente *mision civilizadora* de las bellas artes.

De ese trasnochado *goyismo* que tanto priva, y á que ha dado alas la mal regida aficion del vulgo que presume de inteligente, no es responsable el esclarecido maestro con cuyo nombre se escuda. Siguiéranle, no en sus imperfecciones y yerros, sino imitando lo que hay en él de delicado y hermoso; siguiéranle en interpretar la naturaleza con la sinceridad que él lo hacia; pensaran como él pensaba (sin que yo trate ahora de apreciar la índole de sus ideas), y entonces los que parodian su estilo, á fuer de espíritus independientes, no aparecerían tan vacíos, ni se pondrían en pugna con los encantos de lo bello como acontece á cada paso.

Yo bien sé que el arte se presta á representar toda clase de asuntos, con tal que se haga sin prescindir de

sus razonables prescripciones, y que por ende fuera injusto menospreciar las bambochadas de Teniers ú otras obras de especie análoga, porque no encierran el alto concepto que tan elevadamente supo expresar el pintor de Urbino en la *Escuela de Atenas*, en el *Pasmo de Sicilia* y en la *Transfiguracion*. Pero á medida que la pintura se aleja de los grandiosos pensamientos y creaciones sublimes para deleitarse en representar asuntos vulgares ó pedestres, necesita más suplir con el atractivo de la verdad y con la perfeccion de los medios empleados para darles realidad artística (como en los *Borrachos* de Velazquez) la ausencia de más elevadas condiciones.

¿Lo hacen así los pintores que blasonan de *realistas*, arrastrados en las cenagosas corrientes del materialismo que aspira á despotizarnos? ¿Aciertan aquellos que creen que la invencion ha de reducirse á copiar con la implacable exactitud del fotógrafo cuanto hay en la naturaleza, y que la realidad es el único fin á que ha de dirigirse el arte? Despues de lo que ya he manifestado, está demás la respuesta. Mas si no se dedujese de cuanto he dicho, daríanla con afrentosa elocuencia los abundantes ejemplos de ese lastimoso extravío que ayer mismo nos avergonzaban en la Exposicion del año 75, fruto amargo de las funestas doctrinas que se complacen en romper todo freno de autoridad bienhechora.

“Reducir las artes imitativas á la expresion de lo real, ha dicho un crítico insigne⁽¹⁾, querer que el pintor, el estatuario, el poeta se propongan como objeto supremo la transcripcion de lo que ven, es renegar de la naturaleza y del poder de la imaginacion.”—Decid, pues, enemigos de las tradiciones y máximas en que se

(1) Gustavo Planche.

formaron los célebres artistas de la antigüedad y los famosos pintores del renacimiento; vosotros que os figurais contribuir á la libertad y al progreso artístico ateniéndoos servilmente á la mera reproduccion del modelo que os ponen delante, ¿creeis que es proceder con independencia, que es progresar, en el buen sentido de la palabra, olvidar el hermoso papel de intérpretes de la naturaleza, tener en poco el gran estilo cimentado en la idealidad poética? ¿Juzgais que valen más que el ejemplo de los grades maestros, que dan mejor testimonio de la fecunda libertad del gusto las grotescas manifestaciones del malhadado realismo actual (calumniador inconsciente de la realidad artística) cuya estrechez de miras y falta de solidez constituyen una de las peores maneras que han infestado el campo de la pintura? ¿Ignorais que en vano trataréis de producir bellos cuadros, si no conseguís que en ellos se compenetren lo ideal y lo real? ¿No os han dicho que el arte, lo mismo que el hombre, ni es sólo materia, ni es sólo espíritu, sino armónica y perfecta conjuncion de uno y otro? Pues si os lo han dicho (y á lo ménos debiérais saber cosa tan elemental) ¿por qué cerrais los ojos á la evidencia? ¿Por qué os engolfais más cada vez en la selva oscura donde podeis llegar á perder de vista la nocion fundamental de lo bello?

Señores académicos, hace más de veinte siglos, cuando el cristianismo no habia difundido aún por el mundo sus eternas verdades y los sabios yacian envueltos en las tinieblas del error pagano, Pitágoras y Platon sostenían que el fin de la vida era hacerse semejante á Dios. Afirmáronlo tambien los Santos Padres despues de la redencion humana, porque la verdad es una siempre y no se amolda al capricho ni á la va-

nidad del tiempo. Hoy se suele pensar otra cosa. Hoy no falta quien crea, ó aparente creer, que el fin de la vida es hacerse semejante al bruto. Pues bien, si en el arte, como en la vida, es antigualla procurar acercarse á Dios alimentando el espíritu con la savia de la belleza ideal; si se ha de estimar como progreso, como alto y supremo fin esclavizarse á la materia y hacerse semejante al bruto, por mi parte renuncio á la gloria que me pudiera caber en tan noble semejanza.

HE DICHO.

DISCURSO

DE

D. ANTONIO ARNAO,

ACADÉMICO DE NÚMERO,

EN CONTESTACION AL DE D. MANUEL CAÑETE.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Al designarme, siendo yo el último de vosotros, para llevar vuestra voz en esta solemnidad y para dirigir la salutación de bienvenida al nuevo compañero, no cometisteis error ninguno, aún cuando á primera vista lo parezca. Sin saberlo, obedecisteis á ley secreta cuyo cumplimiento exigía que yo fuese quien primero le diera un fraternal abrazo. ¿Sería porque es mi colega en otra ilustre corporacion hermana de la de Bellas Artes? ¿Sería porque con él me unen lazos de antigua amistad? Mucho hubieran pesado ambas consideraciones; pero no decidieron ellas la eleccion de mi humilde persona para el supremo acto que aquí nos congrega. La gratitud, la hermosa gratitud, inextinguible en almas afectuosas, pone hoy la palabra en mis labios: era menester que yo la manifestase, y me proporcionásteis ocasion de hacerlo. Perdonad, pues, si por brevísimos instantes hablo de mí propio.

Atravesaba yo, señores, los umbrales de la juventud, lleno de esperanzas y rodeado de desengaños. Cuantas elevadas aspiraciones de pública estimacion puede abrigar un corazon que se abre á las emociones del arte y de la vida, otras tantas animaban el mío, sin que lo-

graran entibiar su generoso ardor realidades desconso-
ladoras. Apasionado de las Bellas Artes, y más apasio-
nado de las Bellas Letras, hacía en alguna de aquéllas
esfuerzos pasajeros, y éstas que absorbieron mi aten-
cion, se conquistaron definitivamente, aunque sin fortu-
na, las preferencias de mi alma. Falto al propio tiempo
de proteccion social, anhelaba, al terminar mi carrera
universitaria, medio y lugar adecuados para ir ganando
con honrado trabajo lo necesario á las ineludibles necce-
sidades de la vida. Estériles eran mis deseos é inefica-
ces mis tentativas. Pues bien, la mano del nuevo com-
pañero fué la que entónces me auxilió en una y otra
clase de aspiraciones. Crítico reputado y temido ya en
aquella sazon, no se desdeñó de llamar con inmerecidos
elogios la atencion general sobre mi primer libro, ántes
de darse á la imprenta, haciendo oír autorizadas pala-
bras desde el importante periódico donde ejercia su ma-
gisterio artístico⁽¹⁾; y no contento con esto, recabó la
publicacion á expensas de un opulento prócer que ya no
vive, prócer tan espléndido en generosidad como olvida-
do por muchos de sus favorecidos⁽²⁾. Colocado además
en no humilde jerarquía administrativa, comprendió que
en el servicio del Estado podría encontrar yo, á par
que la satisfaccion de legítimos deseos, pábulo á la ac-
tividad de mis pocos años; y valiéndose del merecido
influjo que disfrutaba al lado de un Ministro de la Co-
rona, en quien hallaron proteccion no pocos cultivado-
res de las letras⁽³⁾, obtuvo de él mi primer nombra-

(1) *El Heraldo*, periódico político de mucha autoridad en aquella época.

(2) El Excmo. Sr. D. Manuel Lopez de Santaella, Comisario general de la Santa Cruzada, el cual, segun es notorio, dispensaba numerosos favores á literatos y artistas, y á toda clase de desvalidos.

(3) El Excmo. Sr. D. Pedro de Egaña, Ministro de la Goberna-

miento en la carrera pública; nombramiento que si hoy se habría reputado modesto por el desarrollo de la ambición, era para la mía, y en aquel tiempo, galardón suficiente de mis escasos méritos, mucho más estando acompañado, como lo estuvo, de la sorpresa y de la delicadeza ⁽¹⁾.

Ahora bien: dados tales precedentes; siendo notorio que despues no ha desmentido conmigo su buena amistad, ¿parecerá extraño si reputo providencial la circunstancia que me permite abrirle en vuestro nombre las puertas de este santuario de las Artes? ¿Conceptuáis inmodesto ó impertinente que os haya hecho conocer estos pormenores de mi vida privada, cuando ya sabéis los móviles que á ello me han impulsado? No, porque ni entre vosotros, señores académicos, ni entre el ilustrado público que me escucha, hay corazones poco generosos; y los corazones nobles comprenden cuán imperioso y dulce es para los demás el deber de publicar en alta voz los favores recibidos. Honremos á los bienhechores, si queremos ser honrados por los beneficios.

Pero quizá se preguntará si yo que como hombre veo con tanta satisfaccion al Sr. Cañete sentarse entre vosotros, veo con igual complacencia, como académico, su entrada en este augusto recinto, presintiendo el auxilio que ha de prestar á vuestras difíciles tareas. Más claro: si á la Academia puede ser útil la cooperación de un individuo que ni ha pintado un cuadro,

cion, á quien debieron muchos escritores el principio de su carrera administrativa, ó adelantos en ella.

(1) Sin haberlo solicitado, y hallándome en Murcia, recibí dicho nombramiento con una cariñosa carta autógrafa del Sr. Ministro y con otra del Sr. Cañete; cartas que conservo como lisonjera memoria de uno y otro.

ni ha esculpido una estatua, ni ha trazado un monumento, ni ha compuesto una sinfonía. Á quien tal diga (que de seguro no será ninguno de los que acaban de oírle) bastará manifestar, por vía de respuesta concluyente, que cuantos han estado aquí ó están en condiciones iguales ó parecidas á las del nuevo compañero (con excepcion de mi insignificante persona), han sido ó son otros tantos poderosos auxiliares de la Corporacion en el desempeño de los árduos trabajos que la ley y la sociedad le imponen de consuno. ¿Por qué no esperar idénticos frutos de la erudicion y cultura del que hoy recibe la investidura de académico?

Sí, señores: ateniéndonos á lo que en materia artística pudiera llamarse derecho constituido, veremos que vuestros sabios Estatutos asignan á cada una de las secciones en que este insigne Cuerpo se divide cierto número de individuos *no profesores*, en quienes concurran otras circunstancias y calidades; y elevándonos al constituyente, pronto reconoceremos lo fundado de semejante prescripcion. En esto como en todo serán breves mis apreciaciones.

El arte, cuyo destino es reproducir, con la posible aproximacion al arquetipo supremo, la belleza idcal que entrevé la humana fantasía, es unidad sustancial en su esencia, con armónica variedad en los medios de expresion. El más profundo observador no se razona claramente la misteriosa ley que enlaza sus diversas manifestaciones; pero tampoco niega la evidencia de los hechos. Así es que siempre hay algo de analogía y áun de identidad en la sensacion intelectual que experimentamos al contemplar, por ejemplo, la *Vénus de Milo* ó el *Apolo de Belvedere*, *El extremo dolor* ó *La rendicion de Breda*, el *Partenón* ó la *Catedral de Búrgos*; y al escuchar la *Sinfonía heróica* ó *Roberto el diablo*. ¿Por qué es esto?

Porque si bien las formas estéticas son diferentes, el fondo de que dimanar es una entidad independiente y homogénea.

Pues bien: el arte literario, representado principalmente por la poesía y la crítica; el arte, cuyo medio de expresión es la palabra humana, verbo que todo lo vivifica, relación y comunicación de los espíritus en la tierra, es como campo inmenso y vago donde caben todas las revelaciones de las otras Bellas Artes que se desarrollan en el espacio ó en el tiempo. Él, en los ingenios privilegiados por la Providencia, expresa de modo insuperable los más hondos y variados sentimientos del corazón, desde las ternuras del amor hasta las iras del aborrecimiento, desde la sublimidad de la abnegación hasta la ruindad del egoísmo, desde las viles propensiones de la materia hasta los altísimos vuelos del pensamiento. Él, con pincel invisible, pone de manifiesto á los ojos del alma las grandezas de la naturaleza física y del mundo inmaterial, grandezas que se escapan á la percepción de los ojos corporales. Él, en fin, inspira y alienta á los sacerdotes de las otras artes, ya siendo númen de sus creaciones, ya explicándolas después y desentrañando su más recóndito sentido. Por lo cual en el ciclo donde resplandecen Fídias y Rafael, y Bramante y Beethoven pueden también brillar poetas como Shakspeare y Calderon, críticos como Winckelmann y Cicognara.

De aquí, señores, que en esta respetable Academia donde se vigila por el honor y la prosperidad de las Artes del dibujo y de la armonía, tengan también asiento los representantes de las Bellas Letras, para prestar auxilio á los guardadores de aquéllas, ora en la dilucidación de vastas y multiformes cuestiones estéticas, históricas y artísticas, ora en las relaciones de la corpora-

cion con el Estado y con el público. De aquí la presencia en este sitio del literato, del crítico y del poeta que se complacen en quilatar la exactitud de la idea y la perfección de la frase con el propio esmero que en sus respectivas obras ponen el pintor, el escultor, el arquitecto y el músico; de aquí, por último, la elección del señor Cañete.

Sus merecimientos no son desconocidos. Larga y laboriosa historia los atestigua, acreditándole de docto escritor, vate inspirado y castizo hablista. En el inmenso mar que forman las publicaciones periódicas están esparcidos sus numerosos trabajos, producto de más de treinta años de incesante pensar y escribir sobre variadas materias de crítica histórica, literaria y artística. Las exposiciones públicas de Bellas Artes le han dado más de una vez ocasion de lucir abundantes conocimientos, y no ha sido rara en él la honrosa tarea de combatir y pulverizar errores de afamados escritores extranjeros que deliran al tratar de España, como lo fueron, por ejemplo, los cometidos en la *Revue des deux mondes* por Mr. Beulé, del Instituto de Francia ⁽¹⁾. ¿Pero á qué me canso en repetir lo que ya sabíais cuando le llamásteis á vuestro lado? ¿No le habeis oido muchas veces disertar con erudicion y lucidez en otra Academia, hermana de la de San Fernando? ¿No acabais de saborear su novísimo discurso?

Éste justifica lo acertado de vuestro libérrimo proceder. Sano en la doctrina, elevado en miras, gallardo

(1) En la acreditada revista nominada *El Arte en España* publicó el Sr. Cañete notables artículos refutando varias equivocaciones en que habia incurrido Mr. Beulé al discurrir sobre *Velazquez en el Museo de Madrid* y sobre *Murillo y la Andalucía*. Bueno sería que otros escritores siguieran este camino de vindicacion, pues no les faltaría materia en que ejercitar sus buenos oficios.

en el estilo, demuestra que su autor es temible combatiente, ya por el vigor, ya por la destreza; pero temible para los inventores y propagadores de máximas perniciosas. Con profundidad de conceptos y claridad de expresion establece teorías fundamentales; con pincel enérgico traza á grandes rasgos el cuadro desde Carreño y Claudio Coello hasta nuestros dias; con elocuente palabra condena la infecunda tendencia del mal llamado realismo que á tantos ingenios pervierte hoy, al cual, en atinada calificacion, apellida calumniador inconsciente de la realidad artística.

Yo no puedo ménos de participar de su doctrina, en cuanto se refiere á exigir en las obras de arte, no la servil imitacion de la naturaleza, sino la compenetracion de lo ideal y de lo real, la transformacion luminosa de lo que se ve en la materia por lo que se siente en el espíritu. Todo esfuerzo me parece poco para conseguirlo. Si la pintura, concretándose á ella, sólo tuviese por fin representar con fidelidad lo que se observa en el mundo físico y cómo se observa, estaría de más desde el momento en que al contorno, al modelado y al claro oscuro pudiese unir la fotografía la vivacidad y exactitud del colorido.

Señores, este funesto realismo que no levanta su vuelo de la superficie de la tierra, como ave rastrera impotente para subir á las regiones frecuentadas por el águila, es, sobre ineficaz, prosáico. Ineficaz, porque solamente consigue despertar fría admiracion, desprovista de todo goce espiritual, cuando con acertados procedimientos técnicos retrata en sus obras los objetos materiales, como privados de vida. Prosáico, porque jamás eleva el alma del observador á regiones superiores sacándola por un instante de la viciada atmósfera de la tierra. Filosóficamente considerado, no cumple en la

Pintura el destino para que ésta fué creada, porque ningún consuelo infunde en el corazón, ninguna semilla de enseñanza deposita en la conciencia. En el concepto histórico forja absurdas calumnias á los grandes maestros de muchas escuelas, suponiendo que de ellos recibe su abolengo. Así es que cuando, por ejemplo, oigo á los sostenedores de tal desvarío autorizarlo con el insigne nombre del gran Velazquez, confundiendo el viviente naturalismo de este genio extraordinario con las muertas concepciones de los que tal dicen, no sé qué siento más hondamente, si el dolor ó la indignación.

Nada hay tan material en la Pintura como el género del paisaje, pues tiene por fin principal reproducir la naturaleza inanimada; y sin embargo, los paisajistas que honran su profesion ejercitan los pinceles eligiendo, componiendo y transfigurando, en cierta medida que conoce el númen, los fenómenos que les sirven de modelo. ¿No lo hacía de este modo Claudio de Lorena cuando derramaba sobre sus lienzos el ambiente de lo ideal? ¿No lo sostenía así, al recibir su investidura académica, un compañero vuestro cuyo nombre y cuyas obras salvaron hace tiempo las fronteras de España para difundirse por el resto de Europa?^(*)

No faltará quien suponga que yo patrocino un estilo falso y distante de la verdad, ó destinado únicamente á representar cosas lindas en que se complazca la mirada. Injusto será quien tal piense. El que como yo crec con la opinion universal que entre los pintores españoles obraron prodigios de verdad los autores del cuadro de las *Meninas*, del *Martirio de San Bartolomé* y de los *Fusilamientos del Dos de Mayo*, no puede profesar tan extraviado sistema. Lo que repruebo es el propósito de

(*) El Excmo. Sr. D. Carlos de Haes, en su discurso de recepcion.

pintar cosas insustanciales ó feas por el solo gusto de pintarlas, gusto que merece lo que se indica en un refrán de todos conocido.

Cuando Aristóteles decía: "Pasad de largo delante de esos pintores que hacen á los hombres como los ven, y paráos delante de Polignoto que los hace más hermosos de lo que son," expresaba un sentimiento á que doy preferencia en el fondo del alma; pero esto no quiere decir que lo conceptúe regla única y exclusiva de conducta.

Suponed, en cuanto se refiere á la fealdad de ciertos objetos, que cualquier pintor reproduce exactísimamente sobre el lienzo un mendigo repulsivo y asqueroso. Su torvo ceño y mirada aviesa os causan molestia indefinible: tiene tal verdad que sus harapos y suciedad os repugnan materialmente, hasta el punto de creer que percibís el olor nauseabundo de su miseria. ¿Qué habré conseguido, tanto más cuanto mayor haya sido el acierto de la ejecución pictórica, si tal representación no significa otro superior propósito? Disgustaros profundamente, y haceros deplorar la ruindad y bajeza del ideal manifestado por el autor. Pero entrad en aquella sala: contemplad esos mismos mendigos, sucios y llagados, que arrebató á la verdad natural el pincel poderoso del egregio Murillo, animando sus ojos con la expresión del agradecimiento: ¿por qué no os ofenden? ¿Por qué descubris en ellos belleza artística relativa?—Porque sirven para realzar la delicada hermosura física y la inefable grandeza moral de la *Santa Isabel de Hungría*, de aquella Reina que bajando del trono, sobreponiéndose á la debilidad del sexo y de la juventud, enardecida por el divino aliento de la caridad, se complace en lavar y curar con sus propias manos las úlceras y la podredumbre de tales desventurados. Doble enseñanza es ésta

que, si no debe olvidarse en el sentido moral, tampoco debe olvidarse en el concepto artístico.

Para fortuna nuestra no todos los modernos pintores españoles caminan á ciegas por sendas peligrosas. Muchos hay al presente, en España y fuera de ella, consagrados al culto del arte de Apéles en la esfera de la razon y del buen gusto. Lamento de véras que razones de bien parecer no me consientan hacer en este día y en este sitio la enumeracion de sus nombres y el elogio reclamado por sus merecimientos. Unicamente sostendré que la Pintura española está en visible florecimiento, reconocido y publicado por propios y extraños; de lo cual dan evidente prueba las recompensas obtenidas por ella en disputados certámenes de muy distintos países extranjeros. ¡Lástima grande que la implacable muerte nos haya privado en pocos años de muchos ingenios esclarecidos!

Nos los ha arrebatado; pero olvidarlos fuera injusto, si no imposible. Sus nombres están escritos en los anales de la vida. Jóvenes algunos y en el principio de su carrera, hallándose otros en la plenitud de sus facultades, fatigados los restantes y en el ocaso de la vida, todos han dejado sensible vacío por lo que anunciaban, por lo que hacían ó por lo que recordaban, aunque estuviesen adornados de muy diversos títulos de merecimiento. Desde que la transformacion social, el contacto íntimo con otras naciones y la iniciativa inteligente y poderosa de dos maestros, como lo fueron D. José de Madrazo y D. Juan de Ribera, sacaron de su postracion á la Pintura española y le abrieron nuevos caminos, ha sido muy grande el número de semejantes pérdidas. Sainz, Hispaletto, Manzano, Ruiperez, Valdívieso, Zamacoís, Rosales, Fortuny, Torras, Becquer, Balaca, Espalter, Castellano, Carderera, y no sé si al-

gunos más que inadvertidamente omito, pasaron para no volver entre nosotros. Respetemos su memoria, como su memoria lo reclama.

Para que en cierto modo sirva de consuelo, quiere la Providencia que, si tantos combatientes han sucumbido en la lucha mortal, otros, según antes indiqué, otros y no pocos sostengan con denuedo el honor de su bandera. Mas.... (forzoso es confesarlo) en el conjunto de las obras producidas por esta numerosa pléyade de ingenios, son contadas las que tienen por objeto rendir culto al Arte en una de sus manifestaciones más importantes, mejor dicho, en la más poética y trascendental de todas: el arte religioso. Los más de dichos ingenios han trasladado al lienzo, ya los fenómenos de la naturaleza, ya grandes acontecimientos de la historia, ora los caprichos de la imaginación, ora los varios accidentes de las costumbres sociales. Pero han sido los ménos quienes han consagrado su númen á pintar los prodigios de la virtud que hace amable la tierra, y los éxtasis de la fe que entrevé las regiones de mundo invisible.

Esta manifestación estética, cuando aparece revestida de peregrina perfección, satisface todas las exigencias artísticas, porque en ella caben los más exquisitos primores de la ejecución pictórica y los arrebatos de la más atrevida fantasía. Un excelente escritor lo ha dicho ⁽¹⁾: "La verdadera belleza, el bello ideal de todas las artes liberales no se halla más que en la alta esfera del culto, de la lengua, de las ideas, de los sentimientos y de las imágenes de la religión." Así se expresa. ¿Sabéis por qué? Porque en este género, fundamental por su índole, es donde el Arte en general, y la Pintura en particular, cumplen con más honra su elevado destino. Co-

(1) Maury.—*Essai sur l'éloquence de la chaire.*

nociendo que el hombre solamente ve la tierra como lugar de tránsito para otra vida superior, y no como permanente mansión donde consigue el reposo que apetece, le hace contemplar, con signos sensibles, ya los méritos y combates de los que peregrinaron por la estrecha vía, ya la felicidad de órden supra-sensible que disfrutaban en celestes regiones, como recompensa perdurable de sus virtudes. Así le ennoblece á sus propios ojos; así contribuye á darle aliento y esperanzas. Cuando un poeta italiano cantó de esta manera ⁽¹⁾:

*D'un sublime culto
Sacerdoti noi siam, quanti con l'opra
Della parola, de' color, de' suoni,
Tentiamo ricondur sopra la terra
Una etade che solo in noi ragiona,
Oscura al volgo;*

cuando así se expresaba, concretándose á la dignidad humana de la profesion de artista, pregonaba sin quererlo la excelencia de aquel que ilumina sus creaciones con el rayo de la luz eterna.

Y si esto se puede afirmar en el doble sentido moral y filosófico, ¿qué no podrá decirse en el concepto del más depurado idealismo? Aquí tambien es ilimitada la esfera de accion que para la Pintura religiosa se dilata ante los ojos del espíritu. Hechos heroicos, sentimientos purísimos, espectáculos imponentes, visiones maravillosas, todo cabe en el inmenso campo á ella destinado; á todo puede comunicar animacion y vida; en todo puede hallar digno empleo la inspiracion arrebatada.

Abrid, si no, los libros sagrados y los fastos de la Iglesia. En ellos encontraréis la historia completa de la humanidad; en ellos descubriréis más asuntos pictóri-

(1) Baldacchini.—*Claudio Vannini, o l'Artista.*

cos y más variedad de escenas que en la historia profana de todos los pueblos, porque tienen cuantos accidentes humanos tiene ésta y el sobrenatural elemento de que carece. Aunque medianos pintores hayan tratado con poca fortuna tales asuntos, no por eso han de condenarse al olvido. Aunque otros de talento superior los hayan interpretado con acierto, no por eso ha de abandonarse el noble propósito de emularlos y sobrepujarlos. Moisés levantando sus fatigados brazos desde la cumbre del monte para animar á su pueblo en la batalla contra los amalecitas, ó haciendo con su vara brotar agua de la peña en las arideces del desierto; Faraon y su ejército abismándose en las ondas del mar Rojo; Baltasar leyendo con espanto el augurio de su próxima ruina en medio de los esplendores del festin, serán siempre, por ejemplo, materia sublime en que podrá mostrar nuevas y vigorosas facultades la imaginación de los artistas eminentes. Jesus, triste hasta la muerte, vertiendo sudor de sangre en el monte de los Olivos, ó transfigurándose glorioso en el Tabor; María, al pié de la Cruz, recibiendo desolada en su regazo el cuerpo del divino Hijo; el Ángel revolviendo la pesada losa del sepulcro para mostrarle resucitado, prestarán siempre campo á las expansiones más ideales del dolor y de la fantasía. La delicada doncella muriendo en el circo entre los furros de sanguinaria multitud, ó arrebatándose en éxtasis en la soledad del claustro; el misionero evangelizando á las tribus salvajes, que pagan con el martirio la predicación del apóstol; la hija de la caridad asistiendo al moribundo en la hediondez de la peste ó en el horror de la batalla, darán siempre ocasión á que los pintores revelen en sus obras si saben ó no infundirles las palpitations del sentimiento.

Ahora bien: la historia justifica que no son apasio-

nadas mis apreciaciones, ni ciegamente sistemática mi teoría. En todas las escuelas, y principalmente en las italianas, germánicas y españolas, resplandecen como estrellas deslumbradoras preclaros ingenios que, con honra propia y del Arte, consagraron su inspiracion al culto del género religioso. Entre los extraños á nosotros hay abundante série de nombres, la cual tiene por uno de sus extremos el del Beato Angélico, de quien dice un crítico francés⁽¹⁾ que "sus figuras son almas," y el de Peruggino, afortunado maestro de Rafael, y por el otro termina, segun tal vez pudiera decirse, con los de Overbeck y de Cornelius. Entre los nuestros son tambien muchos los pintores que con estilos desemejantes brillaron en la esfera de que se habla; bastando con citar á Juan de Juanes, Murillo, Zurbarán, Ribera, Alonso Cano y Morales, apellidado el divino. ¿Por qué los artistas de hoy no emulan á sus predecesores?

Curioso y de valer sería un detenido estudio crítico-filosófico que tuviese por objeto averiguar y señalar las causas ocasionales de la decadencia de la Pintura religiosa en Europa, y más particularmente en España, donde tantas obras maestras dejó expuestas á la admiracion de los siglos. Inhábil soy para hacerlo, por lo cual me contentaré con indicarlo á la consideracion de los hombres pensadores y eruditos. Yo solamente preguntaré: ¿procede acaso esta decadencia de la incredulidad del individuo? ¿La motiva el indiferentismo de la sociedad, sierva de comodidades y placeres que trueca lo espiritualmente bello por lo materialmente útil? ¿Dimana de que, empobrecidos ó derribados los templos, se ha restringido (perdóneseme tan irrespetuosa frase) el antiguo mercado de este ramo de produccion artística?—

(1) Mr. Du Pays.

Quizá las tres causas que acabo de apuntar, enemigas juradas de todo lo grande y desinteresado, han contribuido de consuno al abandono de que me lamento.

Imprescindible es, por lo tanto, que cese este abandono, que salgamos de semejante postracion, si se quiere que la Pintura española cumpla sus más elevados fines, y si los artistas que sienten hervir en su mente el fuego sagrado de la inspiracion codician arrebatarse al olvido coronas impercederas en los fastos de la gloria. Ya que la tradicion, la anécdota, las costumbres, la historia y la naturaleza tienen afortunados intérpretes, ténganlos también la Religion que, como faro bienhechor, señala certero rumbo á la humanidad en los procelosos mares de la vida, y la piedad que ennobleciendo el alma hace á la criatura digna de su Creador. No faltarán ingenios que lo consigan, ora entre los que viven, ora entre los de nuevas generaciones. Ejemplo de ello tenemos en algunos hermosos cuadros que durante los últimos años han brillado en las Exposiciones generales, conquistándose el aplauso del público y recibiendo recompensa del Estado. Así lo son, segun se me vienen á la memoria, *El entierro de Santa Cecilia*, *La aparicion de Samuel*, *El entierro de San Lorenzo*, *Santa Cecilia y San Valeriano*, *El viaje de la Virgen á Efeso*, *El tránsito de San Francisco de Asís*, y *San Sebastian sacado de la cloaca máxima*; no olvidando tampoco el grandioso y severo *Entierro de Cristo*, obra de mi querido é inolvidable paisano y amigo Domingo Valdivieso, arrebatado ántes de tiempo á la existencia por la enfermedad y las desventuras. Y no se objete que ejercitándose en este género echarán de ménos los pintores el doble galardón moral y material á que tienen legítimo derecho, porque si ellos realizan con acierto sus propósitos dando á las obras poesía, novedad é interes dramático,

como lo exige nuestra época; si alentados por aspiraciones excelsas subordinan las ventajas del lucro al noble afán de la nombradía, aún hallarán para las producciones de su imaginación almas que las sientan y manos que las aplaudan; museos, templos y palacios que las acojan en su recinto.

Mas..... aquí tengo que detenerme, señores, si vuestra atención no ha de fatigarse, si no ha de parecer que mi discurso, aunque sólo sea en extensión, pretende competir con el del compañero á quien recibimos.

Dóile, pues, de nuevo la bienvenida en vuestro nombre, congratulándome de que sea hoy mi apadrinado quien ayer fué mi apadrinador; felicitándole por su elección y por su trabajo; anunciándole que dentro de breves instantes va á recibir sobre su pecho la ambicionada medalla que le impone árdulos deberes académicos. Despídome de vosotros, mal desempeñada mi obligación; saludo al ilustrado concurso que me favorece escuchándome; pero no concluiré sin dirigir una sincera súplica á cuantos hay aquí presentes. Mi ruego es éste: en la medida de vuestras respectivas facultades, estimulad y protegéd á los artistas españoles que reclaman con justicia el auxilio de sus conciudadanos; recordadles la alteza de su profesion envidiable y envidiada, para que, ya que son tantos y tan distinguidos, empleen su número en asuntos transcendentales; contribuid á que su fama salve nuestras fronteras para ir á resonar en apartadas regiones. Así ellos rendirán buena cuenta de sus talentos, y todos mereceréis bien de la Patria.

HE DICHO.

